

excelente época para el nacimiento de un pintor de batallas.

En efecto, desde 1792, la Francia se batía en todas partes. Las paces no eran mas que armisticios. A vista de pájaro la Europa no presentaba mas que un vasto campo de

batalla donde á manera de regimientos, los pueblos combatían contra los pueblos. Los campos eran campamentos y las ciudades cuarteles generales.

Si es cierto que en la infancia del hombre se revela su edad mas avanzada, Hipólito Bellange revelaba desde

BIBLIOTECA  
MUSEO DE LAS FAMILIAS  
MADRID



Episodio de Waterloo.—Dibujo de J. A. Beaucé sacado de una acuarela de H. Bellangé.

niño que debía de ser un gran pintor de batallas. Jamás ha podido desde que tuvo fuerza para poder coger una pluma ó un lápiz, dibujar una cabeza sin adornarla de un schakó y de un floreciente par de bigotes.

Pintaba bigotes en las mamás de los niños y de las chicas.  
SEGUNDA SERIE.—1865.

quillas, y en cuanto á los ojos jamás les ponía en su concepto bastante fuego y animación.

Creería haber cometido una falta si al pintar una cuna un ángel ó una virgen, no pintaba entre sus accesorios algunos fusiles, cañones y condecoraciones militares.

AÑO XXIII. 23



## II.

## LA JUVENTUD.

Ya sabemos cual fué la infancia de Bellange, y al investigar evidentemente en la infancia de los grandes hombres lo hacemos con el sentimiento igual que nos hace buscar tan curiosamente el origen de los grandes rios.

La juventud es una época mas interesante todavia que la infancia, porque si niños raquíticos y endeble han sido hombres muy fuertes, la juventud es el gran noviciado de la vida y del arte.

Llama un poeta á la historia de su juventud, *historia del tiempo perdido*, empero el tiempo jamás se pierde para el alma pensadora. El tiempo pasado es un tiempo perdido.

## III.

## LA VOCACION.

En sueños de oro pasáronse la mayor parte de los primeros años de Hipólito Bellange.

Los sucesos de la Francia en 1815, obligaron á sus padres á sacarle del colegio en que le tenían.

A pesar de su afición por la pintura, no permitiéndole su posición hacer los sacrificios necesarios para los largos estudios de este arte, le colocaron en casa de un fabricante refinador de azúcar, en cuya casa habiendo copiado después de un año muchas cartas, cuentas corrientes y otros documentos tan interesantes para los archivos comerciales, después de haber probado muchas muestras de azúcar en bruto y de pilon, en términos de haber cobrado horror que le duró por mucho tiempo, á las materias azucaradas, no pudo alimentarse perseguido siempre por el deseo y la idea del arte.

En algunos este deseo es el demonio de la pereza, pero en nuestro jóven era el demonio del arte, y de la aplicación.

Habiendo salido de las oficinas de la fábrica, pasó un año en dibujar en casa de un pintor de miniatura, en donde empleaba todas sus mañanas: el rato del día trabajaba de ebanista en los talleres de su padre que era un artista muy famoso en este género.

Todo esto era un poco artístico, empero no artístico como él lo comprendía. Durante su trabajo, sus ojos se distraían con frecuencia y se fijaban en un rincón de la pared, cual si quisiese leer en ella el horóscopo de sus destinos y de la revelación de lo alto, porque el talento no es otra cosa mas que una revelación. Hay siempre un momento en que es preciso que el artista se halle iluminado cual San Pablo en el camino de Damasco.

He aquí lo que le sucedía.

Un domingo de abril después de una semana en que había trabajado y meditado un poco mas aun que de ordinario, sintiendo la necesidad de refrescar el cuerpo y la mente, salió de su casa con el paso de un hombre que quiere dejarse llevar de su capricho.

Tenia ya una pierna en la calle y otra dentro del portal de su casa, cuando su padre le puso la mano en el hombro.

—De algo te olvidas, le dijo con tono entre burlon y sério.

Y le presentó un pequeño álbum de bolsillo con lápices. No los había olvidado Hipólito.

El olvido era voluntario porque salía precisamente para ir á admirar y respirar el aura de aquellos paisajes.

Cogió sus instrumentos, abrazó á su padre dándole las gracias, y sacó su segunda pierna á la calle en pos de la primera.

Condójole su capricho al bosque de Meudon, en donde se paseó muy feliz y satisfecho oyendo gorjear á los pajarillos. Era como aquel mayordomo de un señor del siglo último, que habiéndole enviado á un nuevo castillo para que probara que tal era la alcoba principal, respondía:

—Excmo. señor; he encontrado la alcoba de V. E., lo mas cómoda del mundo, solo que en toda la noche, han dejado de rebuznar los ruseñores.

Dicen los naturalistas ornitólogos, que el ruseñor no canta antes del mes de mayo.

Seguro estaba Hipólito que el ruseñor cantaba para él en aquel domingo de abril. Ya se ve, ¡abril está tan cerca de mayo!

## IV.

## UNA CANCION FLORIDA.

Después de un par de horas empleadas en pasearse, se sentó sobre el césped Hipólito.

Un movimiento de su álbum en el bolsillo, le recordó que era dibujante y maquinalmente sacó el álbum y lápices y trató de emborronar con los lápices su álbum.

Prodújole aquel ensayo un lindo paisaje únicamente, que le hizo conocer esta verdad: que es muy poco cómodo el estar sentado en tierra para dibujar, y que el lápiz-plomo traslada mal el juego del sol en el dibujo.

—¡Bah, no sirvo para paisajista! dijo dejando caer su cabeza tras de un matorral, medio cerrando sus párpados para mejor entregarse al placido sueño de primavera que le rodeaba.

Muy pronto se acabaron de cerrar sus párpados. Era un sueño que ni él mismo supo cuanto duró.

Al despertar oyó una canción que salía de la garganta no de un ruseñor, sino de un soldado, un artillero que sobre un banco se ocupaba en el trabajoso ejercicio de la escultura en madera. Su escultura era quizas un poco superficial, porque únicamente grababa sobre la corteza del árbol.

Vió Hipólito que grababa un nombre propio coronado de un corazón inflamado y traspasado de flechas.

El artillero se apercibió del despertar de Hipólito y gradualmente apagó en su garganta la canción que tanto impresionó á Hipólito. Mas con todo, continuó en su operación de escultor.

El uniforme de aquel guerrero chocó mucho á Hipólito, el que después de una corta vacilación, cogió su lápiz y en unos cuantos rasgos le sacó el retrato.

Miróle asombrado el artillero al que enseñó Hipólito su libro sin decir una palabra.

—¡Mi retrato! exclamó.

—¿Lo reconocéis?

—Vaya si lo reconozco, ¡caramba! como que está que parece que va á pestañear.

—Si tan parecido lo encontráis, replicó Hipólito, tened la amabilidad de aceptarlo.



—Con toda mi alma. Un millon de gracias, dijo el recluta entusiasmado. ¡Y ojalá pueda traeros suerte este retrato!....

## V.

## SE DESIGNA SU CARRERA.

En efecto, suerte trajo á Hipólito aquel retrato, porque decidió de su vocacion.

Al fin, persistiendo siempre en su aficion artistica, su padre, por consejo de uno de sus parroquianos y amigo, el célebre pintor de miniatura Saint, consintió en dejarle entrar á los diez y siete años en el taller del célebre y excelente maestro Grós, en donde fué admitido presentándole y recomendándole Mr. Saint.

Permaneció en el taller de Grós cuatro ó cinco años y en 1823 presentó en la esposicion pública el célebre cuadro de la batalla de Moskowa.

Se casó en 1826 y renunciando á la distraccion de la vida de soltero, encontró en la calma y en los encantos de la vida interior, la tranquilidad necesaria del estudio. Desde esta época datan sus progresos.

## VI.

## DIGRESION.

Vamos á hacer una digresion. Las digresiones hacen á veces la suerte de los poemas, y esto sucede cuando la digresion es asimismo poema. Pero no sucede lo mismo con la critica. Esto es lo que ha hecho decir dando torniquete á un aforismo célebre:

«El arte es fácil, la critica difícil.»

Esta digresion que hacemos á propósito de este pintor jóven que hemos visto llegar al apogeo por la sola fuerza de su trabajo y de su talento, podrá muy bien convenir en este sitio porque concierne á una multitud de artistas que tienen su importancia, la de los pintores jóvenes que como Bellange en 1820 no han llegado todavía á ser célebres y ricos.

Queremos hablar algunos instantes á nuestros lectores de un asunto que podría dar motivo para escribir un tomo entero que se titularia: *Lo que se necesita para hacer un cuadro.*

El público tiene una idea muy vaga de lo que se necesita para hacer un cuadro.

Para él los elementos necesarios para esta terrible empresa se reducen á los siguientes instrumentos: un lienzo, un caballete, una paleta, pinceles y colores en caso de necesidad, un apoya-manos y un cuchillo para rascar. Pero lo principal que falta aun es el modelo.

El modelo no hay necesidad de hacerlo, está en la naturaleza.

Sin la naturaleza, todo lo que se hace sale falso.

Se puede, se debe estudiar por largo tiempo lo antiguo y las concepciones de los grandes maestros del renacimiento. Así es como se forma y se purifica el gusto.

Los maestros enseñan á ver, empero no seria ni imitar á los maestros, ni lo antiguo el reproducir únicamente la forma humana de memoria, sin tenerla delante de los ojos.

Un pintor puede en rigor dibujar correctamente una figura, puede darla de colores, empero *no la habrá pinta-*

*do*, no. Habrá dado á su personaje un conjunto de líneas y de colores que compone la esencia de su manera y que dará á todas las figuras que haga del mismo modo. La draperia, los trajes, los accesorios y hasta el fondo del paisaje que introducirá en sus cuadros de memoria ó de imaginacion, porque las dos cosas se confunden con frecuencia, tendrán todas un cierto aire de familia y de parecido.

Lo que acabamos de indicar es lo que forma el tenor de los verdaderos artistas. Esto es lo que llaman los mismos artistas *chic*. Un cuadro del que digan: *tiene chic*, ya está juzgado. No se trata de decir de que sea una obra seria ni monumental, sino una obra agradable, admisible, de gusto.

Esta palabra *chic*, que no solo se usa en la pintura sino aun en todas las cosas de la sociedad, tiene su etimologia, su origen, en el mundo artistico habiendo nacido en el taller de los pintores.

Habia hace muchos años atrás, en casa de un pintor, un discípulo aleman llamado Schick. Tenia Schick facilidad y pereza, dos defectos ó sean dos cualidades muy compatibles. La alianza de estas dos cualidades ó de estos dos defectos como quieran llamarse, tuvo sobre su talento el resultado, la influencia que era de preverse. Pintaba raras veces, y cuando lo hacia pintaba muy de prisa y de imaginacion, no teniendo ya tiempo de hacer los estudios necesarios. Estos lienzos si no respiraban un aire profundo de verdad, halagaban sin embargo la vista.

Así sus camaradas decian de todos los cuadros hechos por este procedimiento: *es de Schick*. De este modo vino á formarse un neologismo que obtuvo la significacion de *chispa, talento, genio*, y desde entonces tanto en Francia como en España y en otras partes se dice: *esto tiene chic*, es decir, esto es bueno, esto tiene gracia.

El modelo es pues, una cosa indispensable á todo pintor, y ese artículo difícil de hallar y dispendioso.

Los literatos, los poetas, se quejan con frecuencia de no poderse entregar á las obras de su inspiracion. Sin embargo, ¿qué materiales necesitan? una resma de papel.

Verdad es que los pintores tienen sobre los literatos la ventaja de dar mas publicidad á sus obras, empero, en cambio, su creacion halla mas trabas, teniendo que recurrir y entenderse con los mercaderes de telas de colores con proporcionarse un taller, modelos, y otras cien contrariedades.

## VII.

## OBRAS DE BELLANGE.

Debemos decir que Bellange ha pintado con tal fecundidad que existen sus cuadros en la famosa cifra de mas de doscientos. Podriamos dar los nombres de estos cuadros, pero esto no conduciria á nada y solo si damos un dibujo de uno de ellos llamado los *Dos amigos*.

Es un campamento en donde se ven dos oficiales á quienes unia una estrecha amistad y que mueren en los brazos el uno del otro, heridos por las balas enemigas. Sus compañeros los contemplan con dolor, y los soldados destinados á levantar los cadáveres del campamento, espresan en sus facciones la indiferente tranquilidad con que la costumbre les hace mirar su triste ocupacion.

Además de tan prodigioso número de cuadros, Bellange se ha consagrado á la litografia, habiendo publicado mas



de seiscientas estampas y muchos dibujos acquarelas, sepias, pasteles diseminados en diversos gabinetes de aficionados, muchísimos en el del emperador de Rusia.

Bellange fué nombrado caballero de la legión de honor en la esposicion de 1834, oficial en la esposicion de 1861, caballero de la orden de Leopoldo de Bélgica, en la esposi-



Los dos amigos.—Dibujo de J. A. Beaucé, sacado de un cuadro de H. Bellange.

cion de Bruselas en 1854, y de 1837 á 1853 fué conservador del museo de Roma.

Ha muerto en este año de 1865, conquistando un nombre de imperecedera fama en la historia de las bellas artes.

## EL SACRISTAN DE CUATRO ESES.

(Conclusion).

V.

Ya hemos dicho que Cecilia había sido educada con destino á encerrarse en el claustro apenas su edad lo permitiese. Consecuencia de esta educacion era el conocimiento en la lengua latina que la adornaba, su regular inteligencia en la música y notable habilidad en las labores

propias de su sexo, unido á la práctica de la obediencia que adquieren en la vida religiosa las almas cándidas llamadas á separarse del tráfigo mundanal. Con tan recomendables dotes, apoyados por la severa firmeza del marqués, inflexible en sus determinaciones, por mas que fuese á veces algun tanto débil consentidor de los caprichos de su hija única, tardó muy poco la niña fugitiva en captarse la benevolencia de la noble Estrella de Somorostro, ocupando á su lado el lugar de compañera y amiga que por su mérito le era debido. Privada esta señorita de las caricias maternas, casi desde el momento de nacer, ocupado su padre en un vireinato lejano, vióse entregada á personas mercenarias, atentas solo á no contradecirla en nada, fomentando el carácter orgulloso que desde luego empezó á germinar en su pecho. Creció en edad, y las impertinencias de niña consentida se cambiaron en afición á un lujo necio é insustancial, que viciaba su carácter sin dejarla tiempo de ocuparse en ningun pensamiento grave, y ahogando en su origen cualquier idea virtuosa y ordenada. Alarmado el marqués notando las malas propiedades adqui-



ridas por su heredera durante su larga ausencia, y tarde ya para encaminarla por buena senda, trató de buscarla marido á quien encargar este cuidado, juzgando no sin fundamento tendria mas influencia con ella el amor de un esposo joven y galan que las amonestaciones paternales. Puso manos á la obra con empeño, y no le fué difícil, pues era partido conveniente á todas luces, ajustar el matrimonio con un primo cercano, mayorazgo é individuo del cuerpo de Guardias de Corps nuevamente creado, que apenas concluida la guerra vino presuroso á conocer la bella prometida antes de ratificar formalmente la eleccion de sus parientes mayores.

Bizarro á maravilla era don César de Montellano, de aventajada estatura y semblante varonilmente hermoso, curtido por el aire de los campamentos. Diestro en tañer una vihuela y tan dispuesto á dar ó recibir una estocada como para vaciar su bolsa en manos del menesteroso, se hallaba dotado á la par de sensibilidad esquisita, hasta el extremo de habersele visto llorar á lágrima viva al lado de su caballo tendido de un balazo, despues de la batalla de Villaviciosa, en la que hizo prodigios de valor. — ¡Pobre Leal, nunca podré olvidar su muerte!—decia suspirando siempre que recordaba aquella desgracia. El primer movimiento que experimentó al presentarse á doña Estrella fué el de la satisfaccion, al considerar la hermosa compañera que le estaba destinada; pero á medida que los dias pasaban, la superficial y disipada marquesita iba amortiguando con sus desgraciadas vulgaridades el fuego amoroso encendido en el pecho del galan. En vano contemplaba embelesado el arrogante ademán, airosa cintura y correctas formas de aquella soberbia Diana encotillada, pues al ir á prometerla constancia eterna atajaba sus razones Estrella, dejando caer de sus purpurinos labios una interesante consulta acerca de la dimension que debería darse á un brial de nueva invencion, ó comisionándole fuese á preguntar sin demora el modo mas conveniente de dar arrebol á las mejillas, dejando al amartelado amante mas frio que si le bañasen en agua de algibe.

Discurrir que una mujer parecida sea capaz de fijar el corazon de un hombre verdaderamente tal, seria pensar en lo escusado; podrá muy bien escitar el deseo mas violento, que tantas veces se confunde con el amor, equivocacion muy comun, origen de grandes desengaños, pero jamás dar nacimiento á una pasion profunda y duradera.

Bien sabemos que será predicar en desierto recomendar á las acreditadas de bellas, mas cuidado con el perfeccionamiento de sus cualidades morales, sin desatender la compostura personal; pero valga por lo que quiera, hemos de citarlas algunos ejemplos de mujeres célebres por su elevado espíritu, que sin ser modelos de perfecta hermosura, han ejercido gran influencia en la historia de la humanidad, sujetando á su amorosa coyunda ilustres héroes y preclaros varones ante quienes doblaba el orbe la rodilla.

La famosa Cleopatra era una gitana delgada, baja y de cutis oscuro, pero de tanto ingenio y travesura que fuera menester un tomo entero para contar los trastornos ocasionados por ella en la república romana, esclavizando con sus encantos primero al astuto y epicúreo Julio César, despues, ya entrada en años, al brusco y veterano Marco Antonio. María de Padilla se cuenta la única que pudo fijar la inconstancia y tener á raya los arrebatos coléricos de don Pedro I el Justiciero, y tambien era pequeña, morena y de facciones nada mas que regulares. No sirvió de inconveniente que la princesa de Éboli fuese tuerta para que sus

ilícitas relaciones con el corrompido y traidor Antonio Perez, ministro de Felipe II, ocasionasen el asesinato de Escobedo, ajusticiamiento de Lanuza y supresion de los fueros aragoneses. Sabido es que la dulce La Valliere cojeaba hasta el extremo de tener siempre que marchar con paso lento, y Luis XIV, en sus mejores tiempos, la distinguió con su cariño entre las damas de la brillante corte de Versailles. Basta de citas; aunque á renglon seguido vendrian algunas como anillo al dedo recordando las muchas damas de sin igual belleza que por esta misma cualidad llegaron á verse despreciadas, envilecidas y sumidas en la desgracia, — ¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!—dice uno de nuestros mejores poetas, y cuidado, amables lectoras, que no es esto constituirnos en apologistas de la fealdad, solo queremos probar que una figura de perlas y un alma de corcho es lo mismo que los fuegos de bengala, que en vez de iluminar deslumbran y en lugar de calentar abrasan, durando de todas maneras muy poco su efímero resplandor.

Aunque sin detenerse don César en las consideraciones con que nosotros sospechamos haber perdido el tiempo, á bulto conoció que su aficion hácia Estrella se iba desvaneciendo como álcali mal tapado; pero lo que mas cuidado le dió fué advertir al mismo paso, que siempre que se hallaba ante la graciosa Cecilia, si bien muy á su placer en tan buena compañía, notaba en él cierto embarazo y aturdimiento que le trastornaba hasta el punto de sobresaltarse y subirle el rubor al rostro si por acaso la niña le dirigia la palabra de improviso. Esto empezó á entrarle en recelo, y mas creció su inquietud al cabo de dos noches en que no pudo conciliar el sueño, desvelado por su pensamiento que le ofrecia la imagen seductora del nuevo amor que amenazaba apoderarse de su inteligencia. Salió de casa temprano, distraído y madrugador, sin contestar á quien le preguntaba ni detenerse á tomar el desayuno, y dirigiéndose al campo por la primer salida que vió al paso, caminó solo y de prisa, sin volver á su posada hasta bien entrada la tarde; hora en que servida la mesa, entre melindroso y pensativo, mandó retirar los manjares intactos como antes de ser presentados, cosa inverosímil por inaudita. Entonces ya muy despacio con la mejilla apoyada en la mano, empezó á tomarse estrecha cuenta acerca del estado de su corazon, encontrándole al cabo de maduras reflexiones, enteramente subyugado por el amor de Cecilia, sin la cual no habria dicha cumplida en adelante para el caballero guardia. ¿Pero qué hacer en semejante caso? ¿Emplearia para encontrar sosiego los medios de seduccion de infalible resultado con las deidades de poco fuste propicias á sus adoradores con arreglo á la riqueza del don ofrecido en sus aras? Solo el imaginarlo era locura. Los sólidos principios religiosos que adornaban á la inocente doncella, circundándola, por decirlo así, de una atmósfera de limpia pureza, ponian á cubierto su inesperienza de los tiros de la sensualidad mejor que las mas aventajadas disertaciones de filosofia moral, haciéndola invulnerable á la observancia sola del Catecismo á toda maquinacion liviana: tampoco don César fué capaz de concebirla: rayaba su amor muy alto para proyectar nada en desdoro del objeto por quien sacrificara su tranquilidad. Héle por último decidido á ofrecer á Cecilia la mano de esposo. ¡A una hija de padres desconocidos! ¿Y qué importa? Cruzados están los timbres de nobilísimas familias europeas con la barra negra de bastardia; la mujer solo constituye linaje de un modo indirecto, y además S. M. Felipe V aprecia á Montellano, y rogado por



este ennoblecerá á su consorte. Fuera la indecision. El pensativo enamorado es dueño de su voluntad; aun no ha empeñado palabra con el marqués de Somorostro, la suerte está echada, mañana mismo hará su declaracion á Cecilia.

Salió al dia siguiente resuelto á llevar á cabo el proyecto concebido, y entróse de camino en la huerta de Juan Fernandez, hoy parte del paseo de Recoletos, donde hizo le aderezasen un pequeño ramillete de jazmines y tulipanes, primera muestra de cariño que pretendia ofrecer á la gentil muchacha. Llegó pronto á la casa de Somorostro á tiempo que Cecilia estaba sola, la cual aunque extrañando la visita, le recibió tranquila diciéndo como en son de despedida:

—El señor marqués y doña Estrella hace rato se hallan fuera, y sentirán á par del alma no haber podido veros: recibid las disculpas que os tributo en su nombre, al mismo tiempo que me ofrezco á saludarlos en el vuestro, si teneis á bien encomendármelo.

—Al llegar á esta sala, hermosa Cecilia, sabia muy bien que nadie os acompañaba: deseaba habláros á solas y he aprovechado tan buena ocasion..... No me interrumpais, por piedad, añadió viendo á la jóven en ademán de cortar la palabra, tengo mucho que deciros y no acierto como expresarlo..... ¡Voto al chápito, que ahora conozco que no sirvo para nada! Heme aquí atarugado ante un lindo rostro: ¿cuándo pude figurarme semejante cosa? ¡Por vida mia, que es vergüenza le suceda esto á un guardia de la compañía española! pero de todos modos no saldré de aqui sin que sepais que os amo como un loco, que me teneis aprisionado el albedrio, y en fin, amada Cecilia ¿quereis ser mi esposa?..... esperad un instante y concluyo. Estas flores, alegres porque las miran vuestros ojos, verdes como mi esperanza, inmaculadas algunas como la pasión irresistible que por vos he concebido; otras emblema de las frases que la emocion me impide pronunciar, sean prenda de amor que confunda nuestras dos almas en un mismo sentimiento: ni una palabra exijo en respuesta á mi querella, vea yo en vuestras manos este ramillete y sin mas indicios pediré albricias al corazon por la seguridad que podré darle de dichosa bienandanza.

—Acabad de una vez, señor don César, replicó la jóven ruborizada, me habeis equivocado con doña Estrella de Somorostro, á quien se deben vuestras galanterías y ese don que no puedo admitir.

—¿Y por qué no podeis admitirle, siendo así que os le dedico en uso de mi libre voluntad?

—Porque el fuerte perfume de los jazmines trastornaría mi cabeza haciéndome caer desvanecida en el profundo abismo de la humillacion y el desengaño.

—Un caballero leal os ofrece su mano para sosteneros: aceptadla, señora, y señalad el dia en que al pié de los altares ha de ratificar el juramento que ahora pronuncia.

El ruido de unos ligeros pasos que se acercaban interrumpió el dialogo en su mejor periodo: solo tuvo tiempo don César para dejar caer las flores sobre la falda de Cecilia, que agitada por la conversacion anterior y temiendo manifestase su semblante la alteracion de ánimo en que se hallaba, desapareció corriendo por la puerta inmediata, llevando consigo el ramillete. Al presentarse Estrella en la sala, aun pudo entrever los anchos pliegues del vestido de su camarera antes de cerrarse la mampara.

Tan apresurada fuga sin causa que la motivase, no

extrañemos escitara la condicion de suyo maliciosa de la marquesita, pero como en último resultado ningun hecho podia presentar en apoyo de cualquier acusacion que hubiese formulado, resolvió apelar al disimulo ahogando en el silencio las vehementes sospechas que se despertaron en ella, de inteligencia entre su primo y Cecilia, quedando empero, resuelta á observarlos con cuidado de aqui en adelante, reduciéndose por entonces á preguntar con afectada indiferencia:

—¿Con quién hablabas? estimado primo.

—Con Cecilia, primita siempre bella.

—¿De qué tratabais?

—La estaba enseñando un poco de botánica.

—¡Qué cosa tan rara! ¿y esperas que haga progresos en esa ciencia?

—Juzgo que sí; al menos ha recibido perfectamente la primer leccion.

—Debe ser estudio muy espinoso.

—No mucho, contando con un profesor que allane las dificultades.

Siguiendo la conversacion deslizándose en la pendiente resbaladiza que habia empezado á recorrer, pronto hubiera llegado á un rompimiento que ninguno de los dos primos queria provocar, por lo cual, dándola diferente giro, dejaron seguir su curso á los acontecimientos, que al cabo trajeron consigo ruidoso desenlace.

Cierta noche se oyó á deshora bajo las ventanas de Cecilia una serenata armoniosa que regocijó el barrio con sus acordes ecos, no dejando duda acerca de la dama á quien se dirigia. Mucho rato llevaban los músicos haciendo alarde de su habilidad y aun permanecia incógnito el obsequioso galán, cuando callando todos sintióse pulsar con maestría una bien templada guitarra acompañando la hermosa voz de bajo que entonó luego las siguientes coplas.

Para hacer resistencia  
A tus hechizos  
Reclutaba las fuerzas  
De mi albedrio,  
Cuando en el alma  
Vi que las tres potencias  
Capitulaban.

¡Pobre corazon mio,  
Que de improviso  
Se vió espuesto á la furia  
Del enemigo!

¡Ay! yo me entrego  
Con armas y bagaje,  
Tu prisionero.

Si aun pudo ser desconocido para algunos el autor del concierto, no lo fué para doña Estrella, que desde un principio escuchaba recelando anduviere don César mezclado en el asunto, y al mirar realizado lo que solo juzgó probable, se entró por sus aposentos perdido el color y balbuciente la palabra (era mujer celosa y despreciada) quejándose á voces del enorme desacato que á su decoro se hacia celebrando festejos amorosos con público escándalo, á las mismas puertas de su casa, y ordenando en consecuencia á cuantos de sus criados pudieron oírlo, saliesen inmediatamente armados de fuertes garrotes á despejar la calle de músicos y cantantes. En lo mejor de su tarea se hallaban éstos empeñados, cuando abriéndose de



pronto el portalón del palacio de Somorostro, cerraron á golpes los furibundos lacayos con cuantos formaban la concertante cuadrilla, llevando trazas de no dejar hombre sano á no acudir don César á detener su carrera con dos pistoletazos que tendieron en tierra mal herido á uno de los agresores, infundiendo en los restantes, por temor de sufrir la misma suerte, la resolución de acogerse presurosos al zaguán de donde salieron con tales bríos.

A poco rato todo estaba tranquilo: únicamente la ronda atraída por el tumulto, andaba averiguando las circunstancias del hecho, después de recoger el criado que yacía sin esperanzas de vida.

La protección del marqués no pudo evitar que Cecilia fuese expulsada al día siguiente de una casa sobre la cual había hecho recaer las habillitas del público: á pesar de su inocencia aparecía culpable de haber hecho fracasar los proyectos de Somorostro y puesto en ridículo á su hija.

Y en tanto ocurrían todos estos acontecimientos ¿qué había sido de nuestro antiguo conocido Deogracias Pérez? Pocas palabras bastarán para dar cuenta de su vida. Pasó tan desapercibida como siempre. Imposibilitado de volver al convento de San Pascual, cuyas religiosas residían en otro de la orden en tanto se reedificaba el suyo, y rehusando admitir la librea con que le brindó el marqués, encontró colocación en un monasterio de recoletas, con el mismo destino que desempeñaba sirviendo á las franciscas, en cuya humilde vivienda recibió á la huérfana, como suele decirse con los brazos abiertos, cuando recurrió á su generosidad, mas desamparada que nunca de todo auxilio.

## VI.

Por el mismo tiempo que se realizaba la historia de que seguimos dando cuenta, vivía cercano al prado de San Gerónimo lord Stanley, antiguo militar y diplomático agregado á la embajada de la Gran Bretaña, en una casa renombrada por la suntuosidad y elegancia de las habitaciones en ella contenidas; pero la mas preciosa entre todas hallábase oculta á las miradas profanas, mediante ser como el camarín reservado á miss Lucy, hija del dueño y reina soberana de aquella mansion, centro del buen gusto y la riqueza.

Era un pequeño gabinete octógono, cubiertas sus paredes de tela color de lila y plata, adornadas con filetes dorados formando recuadros, pintados, así como el friso y las sobrepuertas, representando escenas pastoriles, según la escuela de Watteau, que ya empezaban á introducir en España los que tanto han trabajado desde entonces por hacernos perder nuestro carácter. Magnífica alfombra persa cubría el suelo: cómodos taburetes, obra delicada de escultura y tapicería, y un tocador de ébano primorosamente tallado, en la parte superior de cuyo grande espejo lucía ilustre corona condal, completaban el mueblaje.

Una hechicera joven (mas bien una niña infantil) se hallaba concluyendo su tocado auxiliada por una mujer de bastantes años, alta, huesuda, angulosa, de seriedad tan fría y repulsiva que parecía colocada de intento á la intermediación de su linda señora para helar en flor el donoso regocijo y brillante travesura que respiraba toda su persona. Conversaban en idioma inglés, pero no hay cuidado por eso, que nosotros, dotados de la ciencia polyglota que poseen los narradores de cuentos, hemos de poner á los lectores muy al corriente de cuanto allí se diga.

A la sazón miss Lucy, pues no era otra la isleña de tez

nacarada que ponemos en escena, se ajustaba al seno un vistoso corpiño de terciopelo carmesí, bordado con sedas de colores, cuyas aldetas caían sobre una falda de tisú con anchas listas rosa y azules, que recogida cerca de la cadera izquierda por un broche de perlas, dejaba descubrir otra segunda enagua de raso blanco matizada de flores bordadas con sus tintas naturales. Los zapatos que aprisionaban su breve pié, digno de la mas pulcra gaditana, eran blancos tambien con altos tacones encarnados, y su negro cabello adornado de una diadema de rubíes se ostentaba sin ser desfigurado con los polvos que empezaban á usar algunas cabezas aristocráticas, á fin de darse por este medio mas aire de gravedad: pasemos por alto los demás pormenores de su aderezo, añadiendo solo que la frescura de su cutis no se empañó jamás con los afeites, tambien entonces muy en uso, y tendremos idea, siquier remota, de la joven inglesa.

—¿Estoy bien prendida, mistress Bridget? preguntó á su aya cuando se juzgó completamente ataviada.

—¡Oh, demasiado bien! respondió entornando los ojos la malgestada dueña, así se adornaron las hijas de Madian para escitar la cólera del Señor contra el pueblo de Israel; así tambien Bethsabee hizo alarde de los pérfidos encantos que indujeron á pecar al rey David.

—Os equivocáis: no fué con tontillo y brial sino muy ligera de ropa como la mujer de Urias hizo pecar al santo profeta; de este modo lo esplica el reverendo pastor vuestro esposo.

—Mi esposo según la carne, mi padre según el espíritu, la letra mata pero el espíritu sana.

—Me parece que un lunar sobre el labio superior ha de estar bien, continuó miss Lucy abriendo una caja donde los había de varios tamaños: en el último baile del ministro todas los llevaban.

—¡Festines de Babilonia; centros de perdición!

—¡Ah, no! aquellos duraban meses enteros y estos por desgracia ¡se acaban tan pronto!

—Pérfidas reuniones, donde los malditos hijos de Belial, á semejanza de los del rey de Sichem, arman lazos á la inocencia, como éstos lo hicieron en perjuicio de la incauta Dina.

—¡Qué lástima que sean tan malos, porque hay algunos en extremo galanes! Pero creo que tampoco teneis razon, Bridget; aquellos eran feroces, tenían multitud de mujeres, cosa insufrible, y estos por el contrario son en extremo corteses, y varios entre ellos juran no amar á nadie mas que á mí, si quisiera corresponderles: yo me rio mucho con lo que me dicen ¿no os ha sucedido lo mismo alguna vez? y debe ser muy agradable porque lord Stanley tambien se alegra cuando se lo refiero.

—¡Huye, tórtola sin hiel, de los altares de Moloch; refúgiate pronto á las enramadas de Engaddi! continuó Bridget levantando sus brazos por encima de la cabeza, escitada por el fanatismo que la dominaba.

—¡Oh, y qué divertida seriais, mistress, si no tomase vuestro semblante aspecto tan fúnebre! ¡Ahora si que estais hecha una figura bíblica! Teneis igual ademan que la pitonisa de Endor vaticinando á Saul su próximo fin. Reparadla en el gran cuadro que se halla en la galería. Pero llegaos antes acá y ayudadme á colocar este pequeño sombrero sobre el lado izquierdo de la cabeza.... un poco mas inclinado, á semejanza de las pastorcillas de Gesner: bien; así está perfectamente. Las doce. Mucho tarda lord Stanley, será menester avisarle que aguardo para salir.



Acabado de decir esto se abrió la mampara, y el tapiz dió paso á un caballero completamente vestido de etiqueta, que al ver á Lucy tan linda venir corriendo á su encuentro y presentarle su fresca mejilla, sonrióse con satisfacción y dijo cariñosamente:

—Hija mía: al dirigirme á buscarte he recibido aviso de que don César Montellano espera en mi estudio con grande empeño de ventilar un asunto de interés, que no dudo será importante cuando tal premura manifiesta. Vaya, tontilla, no te impacientes; mientras doy la vuelta vé pensando como hemos de emplear el resto del día, que te consagro en cambio del rato que habrás de poner á prueba tu paciencia. ¿No agradeces la noticia que he querido traer yo mismo?

—Mucho, señor, marchad pronto para volver luego.

Fuese Stanley adonde le aguardaba don César, grave y pensativo contra su costumbre.

—Perdonad, milord, y no culpeis de importuna mi venida, dijo en el momento que vió entrar á su amigo, pues la causa es de tal naturaleza que no admite demora: sentémonos, si lo teneis á bien, y prestadme atención.

Hiciéronlo así, y sacando Montellano un papel de la faltriquera lo estendió ante la vista del conde preguntándole:

—¿Conoceis esta carta?

—Sí, respondió Stanley examinándola cuidadosamente: es letra mía; firmada por mi mano. Veamos la fecha: «De Madrid á 4 de setiembre de 1698. Querida Magdalena...» ¡Dios piadoso! ¿dónde habeis adquirido este billete? ¿quién os lo ha dado?

—Vuestra hija misma, Cecilia, que yace sumida en la pobreza, socorrida por un viejo honrado tan miserable como ella.

—Imposible; no tengo otra hija que Lucy; la de Magdalena murió con su madre.

—Estais engañado, milord; fué abandonada en el instante de nacer y recogida en un convento de religiosas para venir actualmente á reclamar de vos el puesto que le corresponde.

—La será concedido tan pronto como tenga suficientes pruebas en apoyo de su legitimidad; ayudadme, pues, señor don César, á combinar mis ideas, harto confundidas al presente, dándome pormenores que ilustren mi entendimiento.

—Vamos sin perder tiempo donde esa joven desheredada aguarda vuestra determinación: allí encontrareis documentos irrecusables de su origen, y oíreis de su boca cuantos pormenores sean necesarios: yo por mi parte nada puedo añadir á lo referido.

—Pero esta carta ¿por qué en tanto tiempo no se me ha presentado? ¿cómo sois vos poseedor de ella?

—La poseo como futuro esposo de la doncella sin ventura á quien conocí en casa del marqués de Somorostro. Cuando, por razones que no son del caso y que sabreis andando el tiempo, salió Cecilia del palacio de mi tío, retirándose bajo el amparo de un humilde servidor de monjas, que dividió entre los dos el pan y hospedaje de uno solo, me presenté en la mezquina vivienda que habitaban, ofreciendo de nuevo á la infeliz sin nombre ni familia, mi persona, caudal y fortuna á cambio de su consentimiento en nuestro próximo enlace, siendo admitido alguna vez, entretanto se realizaba, en el desabrigado zaquizami cuyos habitantes sufrían sin ofensa del decoro una carencia de recursos, que amenazaba convertirse pronto en verdadera

miseria. Quise evitarla, pero mis ofertas fueron rechazadas con tanta resolución que no me atreví á insistir. Ayer mañana estabayo platicando con Cecilia acerca de nuestros proyectos ulteriores, al paso que ella arreglaba un cofrecillo donde guarda su recado de labor y otras baratijas, cuando el bondadoso anciano que la da protección sacando un pequeño legajo y poniéndolo sobre una mesa cerca de mí:—Toma, la dijo, esos papeles te pertenecen; fueron encontrados en el azafate donde tú fuiste depositada recién nacida, y como tienen una letra tan revesada nadie los ha entendido; pero la madre priora siempre fué de opinión que se guardasen para entregártelos cuando contases mas edad.—Fijé la vista en ellos, y escité mi curiosidad la circunstancia de hallarse escritos en inglés: no tuve que recorrer muchas líneas para convencerme eran cartas de amores, y por fin, conde, cuando absorto, trémulo, terminé la lectura, sabía sin género de duda que apasionado por una joven católica de padres irlandeses refugiados en España huyendo de las persecuciones religiosas que tiranizaban su patria, habíais contraído matrimonio con ella en la capilla de la embajada sin conocimiento de su familia, temiendo la oposición de ésta al enlace de Magdalena con un protestante, dejando siempre á la contrayente en completa libertad de seguir su culto, y supe tambien que poco despues hallándose en cinta vuestra esposa la sacásteis de la casa paterna depositándola en otra donde á cubierto de todo atropello pudiese esperar el perdón de su falta autorizada con el título de madre. Hé aquí las pruebas que me sirvieron de apoyo para juzgaros padre de Cecilia: nada mas tengo que decir: la conciencia, el honor, hablarán mas alto, y aguardo tranquilo la determinación que os plazca tomar.

—¿Me conoceis? señor don César ¿olvidais que soy el mismo que prisionero de vos en Brihuega y libre bajo su palabra vino á revelaros varias veces los medios que se le ofrecían de recobrar su libertad? Mucho he desmerecido desde entonces cuando así dudáis de mí.

—Nunca, milord, confío en vuestra nobleza.

—Pues entonces basta de inútiles digresiones: corramos pronto donde esa hija, robada por tanto tiempo á los abrazos paternos, los aguarda con ansiosa impaciencia. ¡Dios eterno! ¡La heredera de lord Stanley privada de lo necesario, tal vez hambrienta, mal abrigada! pero no me culpeis por el abandono en que se ha visto. Como dos meses antes de su nacimiento fui llamado á Inglaterra precipitadamente: me despedí de Magdalena dejándola bien provista de todo y esperando regresar pronto; pero recibí la comisión de trasladarme á inspeccionar las posesiones españolas en América. Cautivo por los salvajes de orillas del río Orinoco, cuando regresé ardía la guerra en la Península, las comunicaciones se hallaban interrumpidas con rigor estremado, y solo á fuerza de oro y activas diligencias pude comprobar que Magdalena había fallecido al dar á luz una niña, que no dudé había tenido la misma suerte. Solo dos años despues de esto contraje nuevo enlace. Mas seguramente las infames personas que debían custodiar á Cecilia, ansiosas de apropiarse los considerables valores que en dinero y alhajas poseía mi difunta esposa y creyéndome muerto ó olvidadizo, acordaron deshacerse del inocente obstáculo que pudiera servir de rémora á sus criminales intenciones, y demos gracias á la Providencia que se juzgaron aseguradas arrojándola de sí, desprovista á su parecer de documentos que justificasen su origen, sin atentar contra su vida. Vamos, amigo; guiad ligero, que por



mi vida, no he de volver á penetrar en esta casa sin que me acompañe la que debe ser obedecida en ella como segunda persona.

Sin detenerse llegaron á la mansion de Perez, donde lord Stanley reconoció sus cartas á Magdalena, varias prendas de ésta conservadas entre la envoltura de su hija, y por último no quedándole duda de la legitimidad de Cecilia abrió sus brazos, en los que se arrojó la niña, ansiosa de amor y de consuelo, lanzando un grito desgarrador que conmovió hasta lo mas íntimo las entrañas del conde.

—¡Hija, hija mía! exclamó procurando en vano contener el llanto que se agolpaba á sus ojos, basta ya de aislamiento y humillacion: alza la frente con orgullo y no bajes la vista ni aun delante de las testas coronadas, pues tu nacimiento es tan ilustre que puedes sentarte en las gradas de un trono, poco inferior á las personas reales.

Después volviendo la vista en torno suyo y fijándola luego en el techo que declinaba casi hasta tocar con el pavimento,

—¡Qué morada tan horrorosa! prorumpió ¡oh traidores asesinos los que te han precisado á vivir de esta manera, yo los buscaré, aunque se oculten en el seno de la tierra, para imponerles el merecido castigo!

—¡Oh, padre mio, perdon para todos! es la primer súplica que os dirijo. No mireis lo pasado en este día, miradme solo á mí.

—No es venganza, corazon inocente, es solo justicia la que trato de imponerles. Que me devuelvan tu cariño que por tantos años me han robado; que borren los desprecios y abyeccion que te han hecho sufrir y entonces podré olvidar el horrible delito que hace hervir mi sangre cuando bien lo considero. Salgamos ahora de esta bohardilla para no volver á pensar jamás en ella ni en cuanto encierra en su seno: ven tú conmigo, hija del alma, que estoy impaciente por presentarte una hermana que tienes, tan hermosa como tú.

A todo esto el pobre Deogracias permanecía casi arrinconado en un extremo de la pieza, arrasados los ojos en lágrimas, rebotándole el contento por todas sus coyunturas, pero sin que nadie reparase siquiera en su humilde persona, hasta que Cecilia le dijo con ternura:

—Vaya, señor Perez ¿qué hace vuestra merced tan escondido sin llegarse á dar un abrazo á su querida hijita? tendré yo que hacerlo, al paso que le doy algunos encargos de importancia: el primero, que guarde con esmero las prendas compañeras de mi desventurada niñez, que conservaré siempre como testigos contra el orgullo que pudiera inspirarme la prosperidad, y el segundo que no deje de visitarme con frecuencia, sin perjuicio de los muchos ratos que vendré á pasar en su compañía, con permiso de mi amado padre.

—¿Qué dices permitir? á nuestro lado vivirá siempre tranquilo el varon generoso, bienhechor y alegría de la niña esposa en el recio temporal que la cercaba: á par mio y por la puerta principal entrará en mi palacio el hombre con cuya amistad me honraré en lo sucesivo.

Y adelantándose el conde á estrechar la mano del demandadero,

—Ea, pues, continuó, venid tambien y marchemos pronto.

—Vue señoría me perdone, contestó Deogracias con resolucion, pero no puedo servirle en eso; me es imposible faltar hoy de la iglesia habiendo tanto que hacer. ¡Buen genio tiene el padre vicario si lo supiera!

SEGUNDA SERIE.—1865.

—¡Exactitud maravillosa! ¿Qué destino desempeñais para ser tan indispensables vuestros servicios?

—El de siempre, caballero; sacristan de cuatro eses.

—En verdad que ahora lo comprendo menos; nunca he tenido conocimiento de semejante empleo.

—Pues ello mismo lo está diciendo, señor: sacristan segundo sin sueldo.

Rieron todos la sencilla ocurrencia, y don César con su marcialidad de costumbre, percibiendo la capa y sombrero de Perez colgados en una percha inmediata, fuese á descolgarlos poniéndolos de seguida sobre la cabeza y hombros del sacristan, que le dejó hacer protestando su ninguna intencion de faltar á sus deberes en materia grave. Cuando estuvo aderezado le dijo Montellano:

—No hay pecado faltando el consentimiento; por tanto, señor Deogracias, echad adelante en seguimiento de quien bien os quiere, que yo tomo la falta á mi cargo y quedo á cerrar la puerta y despedirme del padre vicario en vuestro nombre.

Aunque no convencido, dejóse arrastrar el demandadero, á pesar de su escrupulosa conciencia, por la graciosa Cecilia. ¡Tan irresistible ha sido siempre la tentacion ejercida por una linda muchacha.

Conducidos á casa del conde salió á recibirlos Lucy, cuidadosa por la repentina ausencia de su padre é impaciente por verle regresar. No quiso éste tener mucho tiempo suspensa su curiosidad y la dió á reconocer desde luego á Cecilia como hermana primogénita. Naturalmente quedó al pronto embargada de sorpresa, pero trascurrido el primer momento, colmó de caricias á su fraternal compañera siguiendo el impulso de su carácter expansivo.

—

Al cabo de poco tiempo, gracias á la influencia de que lord Stanley disponia, fué hallada la partera que asistió á Magdalena, consumando luego el abandono de su hija. Puesta á cuestion de tormento confesó de plano; fué sentenciada á encierro perpétuo y la legitimidad de Cecilia quedó con esto probada sin género de duda.

Cuatro años después, repantigado Deogracias en un ancho sillón de baqueta sostenia sobre sus rodillas á un hermoso niño, á quien con su paciencia acostumbrada procuraba hacer aprender los primeros rudimentos de la doctrina cristiana: una señora de bella presencia y un joven caballero decorado con las divisas de coronel de infantería, le contemplaban sentados á poca distancia.

—Leccion perdida, señor Perez, dijo el militar viendo las continuas distracciones del muchacho; si vuestra merced no quiere predicar en desierto quítese luego esa casaca color de castaña, cuyos botones de acero abrillatado tienen mas fuerza para llamar la atencion de su discípulo que las definiciones del padre Ripalda.

—Tan inquieto como es, señor don César, dentro de poco sabrá el niño de corrido el Bendito y la Oracion Dominical, como á su edad lo recitaba su madre, vuestra esposa mi querida Cecilia.

La graciosa miss Lucy dió su mano á un joven título de la corte haciendo antes abjuracion de los errores anglicanos, con grande escándalo de mistress Bridget, que murió loca en el hospital de Bédlam, con la manía de haberse transmitido á ella el espíritu y doble vista de la burra de Balaam.

DIONISIO CHAULIÉ,  
AÑO XXIII. 24.



## UN DOCTOR INGLÉS.

Era en 1857 en un castillo de Provenza. Penetraba en el la luz con misterio por una ventana de un piso bajo, templada con una gran cortina de gasa. Había en este cuarto un piano abierto, y sobre él diversos cuadernos de música; al otro lado una paleta con colores cerca de un caballete en el que había un lienzo para pintar un cuadro.

Sobre una silla se veía un rico manton de señora, y todo anunciaba esa vida de lujo, de capricho y de desorden de un artista de buena fortuna.

El buen gusto presidía á todo lo que formaba parte de aquella existencia, empero se descubría con asombro ó inquietud que en aquella estancia donde todo debía respirar juventud, amor y felicidad, se veían precauciones propias de un anciano ó de un enfermo. Veíase que no se trataba tanto del descanso que sigue al placer como del reposo que busca el que padece.

Muellemente arrellanado en una ancha silla gótica, con un libro caído casi de las manos, se hallaba Enrique Barton absorto en sus tristes pensamientos.

—¡Pobre María, querida mía! decía, tener que dejarte tan joven todavía. ¡Apenas has visto á tu padre! apenas he gozado tus primeros besos... ¡dicen que me voy á morir muy pronto, y sin embargo, siento aquí esta voluntad de hierro, este abrasador deseo que hace vivir... padezco, sí, padezco! ¡pero cuantas treguas tienen mis males! Si tú estás ahí, querida Paulina, si yo cojo tu mano, si te estrecho sobre mi corazón, si tus rubios cabellos reposan sobre mi abrasada frente, entonces ya no padezco... y estos dolores creen los que me pesan la salud, los que me cuentan mezquinamente los pocos días de vida que creen quedarme, que los daré á mi pesar... mienten... ¡aun viviré mucho tiempo, sería morir muy temprano á los veinte y dos años!.. no, no quiero morir.

Y al pronunciar estas palabras una tosecilla seca, dura, ronca como el timbre de una campana que toca á muerto, recordó á nuestro tísico lo positivo de su vida...

Su pañuelo estaba teñido de sangre.

—¡Horror y miseria, exclamó entonces andando á grandes pasos por su aposento, llévase el diablo la vida! veamos á ver cuantos años me conceden aun esos doctos pedantes, mis médicos, quiero gozar de ello. Los pobres son pródigos y quiero gastar en un día toda mi vida de alegría y de felicidad... Dios no es justo en herir así á un joven de veinte años. ¡Por qué si la muerte tiene hambre no va á afilar sus dientes sobre esas calvas que brillan al sol? ¡Por qué si tiene sed de sangre joven no va á chuparla en las venas de esos pobres diablos que no tienen ni casa ni hogar y que cubiertos de harapos están acurrucados en las puertas de las iglesias pidiendo de limosna un pedazo de pan, como yo pido la vida?... yo soy joven, soy rico, amo, soy padre... sí, soy padre. ¡Pobre niña! ¡pobre María!... ¡horrible pensamiento! ¡Ah! tú no sabes, María, lo que al morir va á legarte tu padre! ¡Ay! ¡yo soy tu verdugo... la muerte, sí, la muerte está en el seno de mi hija. Lo que yo he recibido te lo devuelvo, María!

Llegará un día en que joven, bella, y cuando ya haya hablado tu corazón, porque habla muy joven el corazón de una tísica, los sueños de amor turbarán tus noches... entonces tus mejillas tan frescas y sonrosadas perderán

su brillo, y solamente algunos matices de un sombrío encarnado se dejarán ver en ellas cual la señal del fuego que nos consume.

Tu pecho abrasado y seco vomitará sangre: tu corazón saltará con violencia contra las paredes que lo rodean; entonces tú querrás vivir también y formarás mil proyectos para el porvenir; pensarás en las alegrías de esposa y de madre: después te sentirás mejor porque esta horrible enfermedad suspende sus golpes para asestarlos con mas seguridad: contemporiza con sus víctimas, las adormece con la esperanza; empero, marcha... marcha... adelante... y entonces... entonces, mi querida María... ¡ah! yo te lo suplico, no maldigas á tu padre y á su fatal herencia.

Dos golpecitos dados á la puerta del salón suspendieron por un instante esta escena de desgarradoras emociones.

Era Paulina.

—Y bien, Enrique, ¿cómo te encuentras ahora? le dijo la joven dándole dos besos.

—Bien, respondió el moribundo, bien... creo á la verdad que se equivoca el médico... me siento mejor que nunca, respiro con mas facilidad, y sin embargo, estamos al caer las hojas, estamos en el otoño... y tú sabes cuan mala estación es esta

—Vamos, desecha esas malas ideas, está ardiendo tu mano, y me voy á enfadar si no tienes mas valor... mira, Enrique, acabo de ver á ese temible doctor que tan bueno es para nosotros, y que tanto nos riñe cuando...

Paulina abrazó á su enfermo.

—Dice que tu imaginación te mata, que te complaces en exagerar tu posición y que con cuidado, resignación y prudencia, saldremos bien. Cuidados los tendrás en mí; resignación, te toca á ti... prudencia es preciso que la tengamos, ¿lo entiendes? querido mío.

Entonces el enfermo fué el que abrazó á Paulina.

—Pero no basta esto, Enrique. ¿Sabes lo que exige de ti? Quiere que salgas de Francia, y vayas á buscar lejos distracción, y que no estés peleando solo contra ideas que te abrasan la sangre. Quiere que te vayas solo al viaje... á causa de la prudencia... pero yo le he vencido y marcharemos juntos é iremos á donde tú quieras. María va creciendo, está muy guapa... puede soportar el viaje y distraernos de las fatigas del camino, ¿con que nos la llevaremos, Enrique? Hablan de un médico muy sabio que hay en Londres que dicen que cura todos los males y si no él, el viaje te volverá la salud... iremos también á Italia, pintaremos, cantaremos... ¿pero no te ries?

—¡Ah! ¡Paulina, alejarme! Los médicos, los conozco bien. Estaba aguardándome eso, un viaje, ese es su último recurso, así es como esos señores se desambarazan en su egoísmo de lo desagradable de su oficio... te aflijo, lo veo, pero pues lo quieres, marchemos. Estoy dispuesto para este viaje... así como para el otro.

El viaje fué feliz.

Desgraciadamente, algunos días después de su llegada á Londres, Enrique se había aprovechado con exceso de lo que él creía su vuelta á la vida.

Descaba tanto la salud que á cada ocasión ensayaba, y siempre á sus espensas, la vida agitada y tumultuosa de Londres.

La curiosa agitación que le impelia á ver cosas nuevas, á ganar tiempo, á amontonar el pasado, como el avaro que no tiene porvenir, escitaron muy pronto sus accidentes del pecho, y después Paulina era tan linda, tan bella, sus